

Líneas paralelas

Los vi por casualidad al asomarme al escaparate de aquella pastelería. Me acerqué atraído por unas tartas muy pomposas, adornadas con flores, cigüeñas, corazones y toda clase de abalorios. Y entonces la vi. Estaba dentro tomando café con un hombre. O, mejor, una infusión, porque a Cristina no le gusta el café. Hablaban y asentían. Movían las manos y de vez en cuando ella se reía a carcajadas, abrazándose la barriga de tan gracioso que debía ser lo que le estaba contando el otro. Tenía los labios pintados de rojo. Pensé en las marcas de carmín que se habrían quedado en el borde de la taza. Los rizos rubios le caían a ambos lados de la cara y se balanceaban acompasando sus movimientos. Estaba guapísima.

Superada la sorpresa inicial me giré mirando a mi alrededor, como si alguien estuviera pendiente de nuestra escena, pero no era así. La gente caminaba por la acera sin reparar en nada. La gente llevaba al perro de paseo o iba hablando por el móvil o cargaba bolsas de la compra, pero no me miraba. La gente no sabía que Cristina estaba allí dentro, tomando algo y riendo con un hombre al que yo no conocía. La gente no sabía nada de eso y yo tampoco. Me separé del cristal muy despacio, como si me arrepintiera tanto de irme como de quedarme, y volví a casa.

Cristina y yo vivimos en un piso grande en la calle San Roque. Nos mudamos poco antes de casarnos. La levanté en brazos para atravesar la puerta el día que nos fuimos a vivir ahí. Hicimos el amor en todas las habitaciones. Nos repartimos las tareas del hogar. Seguimos quedando con amigos, a veces solos, a veces los dos. Pero también hacíamos planes en pareja, claro. Un equilibrio. Un buen equilibrio. Lo hicimos todo. Lo hicimos todo bien para que saliera bien, pero no sale. Yo no sé el motivo y ella ni siquiera admite que nos va mal. Cristina se ha ido apagando de a poco y en mi cabeza se cocinan pensamientos, disparatados o no, que me van dejando vacío. Soy testigo de cómo se va diluyendo todo. Y de todo lo que nos falta ahora lo que más echo de menos es que me sonría cuando llego a casa. Que se siente conmigo y me pregunte qué tal me ha ido. Que me mire con ojos tiernos, escuche mis cosas y se enzarce en cualquier explicación de por qué esto sí o por qué no lo otro. Echo de menos que mis cosas sean las suyas también.

Hoy cuando llega trae el mismo semblante de siempre. Los labios apretados en un perpetuo rictus de descontento. La cara pálida. Ni rastro de pintura roja en los labios.

Incluso sus rizos parecen haber perdido el vigor que mostraban hacía escasas horas. Le pregunto que qué tal todo.

—Bien, visitando clientes — me dice lacónica y se va a la cocina. —Lo de siempre — añade mientras se sirve un vaso de agua.

Cristina sigue su ritual. Se recoge el pelo en una coleta. Se quita los zapatos. Se deja caer en el sofá y habla del barrio donde la vi. Habla también de la pastelería, de la que dice que es cursi y recargada y yo me muerdo la lengua para no recordarle lo contenta que parecía allí. Me habla del tipo. Un antiguo compañero de trabajo. “Un pesado”, me dice, mientras yo me muerdo la lengua de nuevo. “Un horror”, añade refiriéndose a lo inoportuno de coincidir con personas que ya no te interesan y ante las que tienes que fingir.

La expresión de su cara era entonces de total serenidad. Como quien reposa después de una travesía larga. Mantenía los ojos cerrados, la cabeza apoyada en el respaldo del sofá y me seguía contando, pero yo ya no la escuchaba. No sé si después de ese día volví a escucharla alguna vez.

Ahora que ya no estamos juntos me la encuentro alguna vez por la calle y nos paramos a hacernos las preguntas de rigor. ¿Qué tal todo? ¿Qué tal tus padres? Bien, gracias. ¿Y los tuyos? Sí, estupendos. Ya sabes. Son muy jóvenes aún. Claro. Cierto. Sí. Me sonrío incómoda. La conozco. Busca el pretexto para cortar y despedirse y yo se lo pongo fácil, aunque no sabemos si darnos dos besos otra vez o simplemente poner la mano en el brazo del otro, como diciendo “no salió, pero estuvimos bien y no le demos más vueltas porque todo eso ya da igual”.

Me voy calle abajo sin volver la vista atrás. Lo hago siempre, para que no me pille mirándola como un bobo. Sé que nos volveremos a ver. Sólo tengo que esperar. Un día, quizás, cuando haya pasado el tiempo suficiente, todo será más natural y le propondré que vayamos a tomar algo en el primer sitio que veamos. Será algo casual. Y en ese momento todo lo otro habrá quedado muy lejos. Yo seré una persona que ya no le interesa y con la que tendrá que fingir que no es así. Y fingirá riéndose a carcajadas y abrazándose la barriga, porque yo habré dicho algo muy gracioso. O al menos, al fin, así me lo hará sentir.